

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

Director en funciones: D. VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Palacio Provincial.—Plaza de Santa María, n.º 1.—Telefono 21 15 84

IMPRIME: Imprenta Provincial.—Carretera de San Francisco, s. n.

SUMARIO

	Páginas	
Exaltación lírica de la provincia: Trujillo....	3	<i>José García Nieto.</i>
Pueblo y A mis hijos.....	11	<i>José Luis Mojada Neila.</i>
¡La insaciable! (in memorian).....	18	<i>Félix Rubio Díaz.</i>
Yuste en Europa (En la historia y en las le- tras).....	19	<i>Narciso Sánchez Morales.</i>
El estilo.....	34	<i>Azorín.</i>
Sedución.....	35	<i>Publio Hurtao.</i>
Páginas antológicas: El país.....	41	<i>Eduardo Hernández Pacheco.</i>
El escritor.....	47	<i>Camilo José Cela.</i>
Pensamientos.....	48	<i>Séneca, San Bernardo, Miguel Angel, Isabel la Católica, Ra- món y Cajal, Ramiro de Maez- tu, Eugenio d'Ors y Arnold J. Toynbee.</i>
Variaciones sobre el concepto de la Extre- meña.....	49	<i>Miguel Serrano Gutiérrez.</i>
Recuerdos: El Director del Instituto.....	55	<i>Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.</i>
Cáceres-Aviñón.....	57	<i>J. A. Oliver Marcos.</i>
Ideario Extremeño.....	60	<i>José María Gabriel y Galán</i>
Presentación.....	61	<i>Gregoria Collado.</i>
Plus Ultra.....	62	<i>Carlos Sanz.</i>
Nochebuena.....	68	<i>Amadeo Lorenzo.</i>
V Centenario del matrimonio de los Reyes Católicos.—La novia de Europa.....	70	<i>Teodoro Fernández.</i>
Guadalupe y los Reyes Católicos.....	75	<i>Valeriano Gutiérrez Macias.</i>
Nuevas voces líricas: Poemas.....	79	<i>Martín Palomino Márquez.</i>
Labor de la Diputación Provincial.....	81	<i>Eros.</i>
Mirador: Crónica.....	85	<i>J. A. Oliver Marcos.</i>
Recensiones.....	93	<i>J. A. O. M.</i>
Noticia de Revistas.....	95	<i>J. A. O. M.</i>
Láminas.....		<i>Fotos.</i>



ALCANTARA



D. Legal CC - 26 - 1958

Año XXIII

OCTUBRE-NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1969

Núm. 157

Exaltación lírica de la provincia

Trujillo

Pregón pronunciado por el ilustre poeta don JOSE GARCIA NIETO, el día 19 de Octubre de 1969, en la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Trujillo, solar de conquistadores.



UNA fiesta en que se exalte la provincia tiene por naturaleza un riguroso principio de amor; amor de nativo orgullo y amor de ofrecida generosidad; extensión gozosa y trascendente, en el tiempo, de lo que es el amor en el seno de la familia. Porque así solamente es como podemos acercarnos a esta unidad de convivencia sentida y aceptada. Sentimiento y aceptación que pueden hacer que su entidad sea verdadera y que su destino sea poderoso. No importaría remontarse a los orígenes etimológicos de la palabra para actualizar su fuerza y su significado. La palabra «provincia» nos llega del latín, «provincere», y significaba el conjunto de atribuciones que se daban a los magistrados «pro vincere», para vencer. También la provincia, hoy, tiene que ser una fórmula humana vencedora; pero quitándole todo posible equívoco de guerra o de búsqueda hegemonía sobre los demás, y recuperando para la palabra esa victoria que nos exigen los problemas diarios de cada vida y de cada comunidad... «Pro vincere»; para vencer en nuestro ideal y en nuestro destino; para vencer en nuestras costumbres y en nuestros oficios; para vencer desde nues-

tro linaje y nuestra tradición; para vencer hacia nuestro desarrollo y nuestro futuro... «Pro vincere», para vencer, unidos y hermanados, con el corazón de la tierra y con el espíritu de los hombres.

Es unidad la de la provincia que congrega los sentimientos en nombre de los valores más sustantivos y emocionantes de cada modalidad regional, de cada peculiaridad geográfica, de cada constante en el devenir histórico. Costumbres y tradiciones paralelas, decíamos, amorosamente compartidas; futuro que se nos presenta como un mandato para alcanzarlo con fisonomía y estilos propios en el concierto de los pueblos.

Pudo Ortega y Gasset decir en «La redención de las provincias» que éstas constituían un «torpe tatuaje con el que se ha maculado la piel de España», olvidando que ese tatuaje, nunca artificial en su distribución —y sé hoy bien desde dónde hablo—, ese tatuaje rigurosamente derivado de esencias históricas naturales, necesario en la orquestación administrativa, se ha ido haciendo, poco a poco, profunda huella de España en cada lugar, diferenciación que estimula e identifica, dentro de la unidad sustancial y superior de la patria... «Nadie elige su amor», nos dejó dicho Antonio Machado. Y los hombres de España, al aceptar estas provincias, al hacerlas ellos mismos muchas veces, sobre razones muy hondas de herencia y de costumbre, han ido creando estas preciosas unidades materiales y espirituales que alimentan y enriquecen, sin debilitarlo, el destino común.

Pero hablo hoy desde una tierra donde resultaría hasta ridículo separar la fisonomía provincial de su esfuerzo, casi milagroso, para engrandecer hasta extremos increíbles la unidad y la fortaleza de la patria. Porque Extremadura, entre sus muchas virtudes y símbolos, tiene como ejecutoria poderosa la de ser síntesis de lo español. Extremadura, esforzada, sufrida, ha sido siempre España, como lo es Extremadura. Y extremo de España ha sido esta tierra, en lo material y en lo espiritual, en los momentos más críticos y sublimes de su historia. Extremo de Roma, cabo de sus calzadas civilizadoras. Y principio y extremo de América, en nuestras empresas evangelizadoras. ¡En cuántas tierras de España se ha repetido, a lo largo de los siglos, la fórmula «cabeza de Extremadura»! Cabeza de Extremadura es América, y alma, y sangre, y esfuerzo de Extremadura; porque es al otro lado del Atlántico, donde España ha tenido siempre, y hoy lo tiene como nunca, su más hermoso mensaje para el futuro. Si todos los caminos van a Roma, y aquí terminaba su haz; hoy muchos caminos pueden venir de la América joven, caminos

que abristeis vosotros, extremeños, en las más fantásticas de las empresas.

¡Cómo no va a sentir una provincia como la vuestra la gloria que le cabe en la historia de la Humanidad! ¡Cómo no va a recoger, hoy, sí, precisamente en nuestros tiempos, algo o mucho de lo que dejó sembrado y derramado en la virginidad de lo desconocido! La Historia es un río poderoso, que discurre con aguas que parecen no volver; pero pasa por unos cauces eternos donde resuena, como una música divina, todo lo grande que los hombres han laborado para dar lecho, y norma, y camino a esa corriente ensordecidora. Es ahora cuando la labor de España en América se empieza a ver más clara que nunca; cuando después de tanto concierto universal de objetivos suicidas e inmediatos, se empieza a comprender la medida de nuestro espíritu en los pueblos que hemos sabido llamar hermanos antes que nadie. Es ahora cuando el futuro de la paz del mundo, de la fe del mundo, por salvarse del caos y de la destrucción, puede estar dictado por la palabra de unos pueblos que hablan en español. Nunca, como hoy, llegan los hombres de América en busca de la verdad y de la maternidad españolas. Nunca como ahora se han sentido bien nacidos, bien originados, hijos de algo, nietos de alguien. Pensad conmigo en el profundo sentido que Cáceres tiene para los buscadores de un árbol puro en el tiempo. Si Manuel Machado dijo: «No se ganan, se heredan, elegancia y blasón», bien saben los hombres de Hispanoamérica lo que han heredado de vosotros; porque el estilo de lo español —que es valor, y lealtad, y generosidad, y fe, y también elegancia, sí, ¿por qué no decirlo?— esa serie de virtudes, casi indefinibles que hacen el estilo de un hombre, ha sido vuestra herencia para América, ha sido, ni más ni menos, que eso que hoy llamamos Hispanidad.

Y si nosotros hemos podido confundirnos alguna vez, por falta de seguridad, o por desánimo, o por amargura, ellos, ahora en el tiempo, entienden bien lo que es la palabra, y lo que abarca su sentido. Hispanidad es que vengan a sentir con nosotros lo que nosotros sentimos, que mantengan la fe común, que cuiden la palabra común, que sueñen siempre con venir a tocar el solar originario. Tampoco nos damos cuenta nosotros de lo que es para un hombre de América llegar aquí, andarse vuestra provincia, rastrear cada recuerdo, cada memoria, cada nombre... ¡Qué dimensión emocionante cobran de pronto para ellos esos nombres, que han repetido en la distancia, como un amor nunca alcanzado! Tierras, hombres, monumentos, instituciones, reyes, santos y caballeros; sí, el cauce pro-

fundo, que se ve mejor y se siente mejor cuando las aguas del mirar son claras y transparentes.

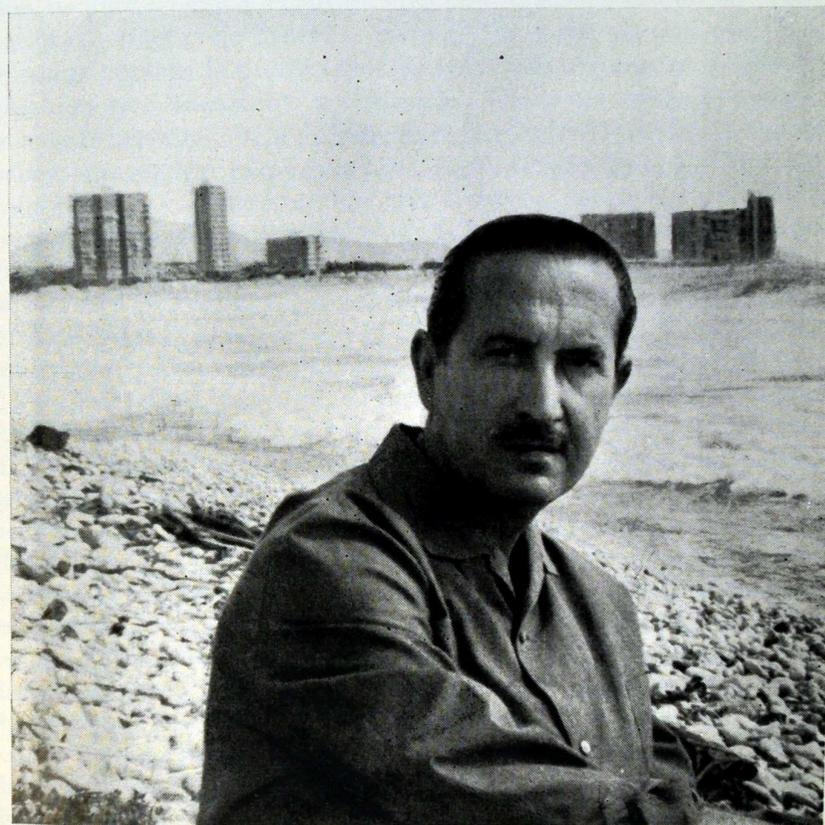
Con ojos limpios hay que mirar a Cáceres, capital, tan noble y tan entera, el conjunto arquitectónico más bello y unitivo de la monumentalidad española: con la huella romana, y la gracia almohade, y el cristiano amanecer:

Entre adarves, callejas y palacios,
fuertes sin abatir, torres oscuras,
el arco con la almena, dando espacios
de cielo azul a las estrellas puras;

el árabe más dulce, y los severos
góticos templos —rejas, capiteles—;
Carvajales, Golfines, y Espaderos,
dando su nombre en piedra a los dinteles.

Hombres pasando sin cesar, dejando
su experiencia en la gracia ciudadana:
las Indias en los ojos de un Ovando,
el lento Tajo en el cantar de Aldana...

Y luego Logrosán, con su herreriana Santa María. Y Guadalupe, donde la Señora se apareció a Gil Cordero, para ser después Señora de toda América; donde Cristóbal Colón se viera con los Reyes antes de su primer viaje, y después para traer a los primeros nuevos fieles y cumplir su voto de peregrino; donde reza Zurbarán en los lienzos marfileños. Y Plasencia, la del Jerte, río gozoso, y las siete puertas, y las siete plazas, y las siete fuentes, y las siete iglesias, hecha «ut placeat Deo et hominibus», para que agrade a Dios y a los hombres. Y Yuste, donde el mayor emperador del mundo hace que suenen en vida sus cánticos funerales. Y Cáparra, con la más profunda huella de Roma... Y Coria, capital de los Vetones, con su catedral y su castillo... Jarandilla, hospedaje regio... Arcadas de Garrovillas, la de los dólmenes ibéricos... Alcántara, puente hacia Dios por los peldaños de San Benito y Santa María, y puente de Roma en el extremo terrestre de la gracia... Hoyos, en su racimo ciudadano, con la aguja gótica entre los bosques... Navalmoral de la Mata, puerta de Castilla, cruz de San Andrés... Atalaya de Montánchez, tocando el cielo con su castillo, y la acrópolis frente a la montaña... Y Hervás, con la corona ducal de Béjar... Y Valencia de Alcántara,



El ilustre poeta y escritor, José García Nieto

bastión adelantado, guerrero extremo de la Extremadura... Y Trujillo. Con esto bastaría, como en los versos del poeta, cuando llega a nombrar a Sevilla.

Pero ¿quién es capaz de detenerse? «Ciudad de los destinos americanos» ha sido llamada Trujillo. Y ya hemos dicho que en ese destino estamos. Hablar de Trujillo, en Trujillo, para alguien que, como yo, tiene además la diaria tarea de velar nuestro sueño de América, es algo que emociona y confunde. Hoy, precisamente hoy, estamos aquí privados de la presencia de Gregorio Marañón, a quien tan torpemente sustituyo, porque hoy, precisamente hoy, o ayer mismo, toda España y, toda América, representada por sus embajadores, estaban haciendo brillar en Valladolid el pulso permanente y renovado de la Hispanidad. Hace justamente quinientos años que se celebraban en la castellana ciudad las bodas de los Reyes Católicos. ¿Sabéis que en el año anterior, o en el próximo, o en este mismo, o acaso hoy, hoy mismo, hace quinientos años estaba naciendo Francisco Pizarro? ¿Qué misterioso designio puso tan cerca en el tiempo, acaso superpuso, estos dos sobrecogedores acontecimientos? ¿Pasaría ya por la frente de Isabel como un aura anunciadora, como una llamada, de que por ella se iba a completar el mundo, y de que estaba naciendo para la formidable empresa el mejor de sus capitanes? Aquella delicada atención que ella tuvo siempre por Extremadura, ¿no se vería completada al verla hoy convertida en Plaza Mayor de la Hispanidad? Como hoy tiemblan al repetirlos, los hermanos que vienen de allá, temblarían los labios de Isabel con los nombres de aquellos extremeños con los que franqueó las puertas de Granada. ¿Qué esperaba de ellos, qué más esperaba de ellos cuando los veía a su estribera, en la hora final y gloriosa de la Reconquista...? ¿No sonaban como campanadas en todas las espadañas extremeñas los nombres de sus mejores...? Bejaranos, Loaisas, Mendozas, Añascos, Altamiranos, Golfines, Carvajales, Orellanas, Chaves, Paredes, Vargas, Monroyes, Alarcones, Hinojosas... Estos eran ya, a la orilla del Mediterráneo, salvada para la fe la totalidad de España, los caballeros de la Hispanidad...

Y, en efecto, poco después vendría el milagro del Descubrimiento. Y tras él la gran siembra extremeña por el incitante misterio. No eran los ganapanes, los aventureros, los porquerizos de la Leyenda Negra. Eran la más hermosa sangre de España, haciendo nacer la sangre de América. Y ¡en gran parte la de Trujillo, dando lo mejor de sus hijos y de sus estirpes para el Nuevo Mundo de Dios!

Porque en la conquista de Méjico, aparte de Hernán Cortés, que

tenía dos abuelos extremeños, de aquí fueron Francisco de Camargo, el capitán de los navíos de Garay, y los pacificadores García de Valverde y Francisco de Chaves, y hasta veinte capitanes de la conquista, todos nacidos en esta ciudad... Y lleva sangre trujillana Pedro de Alvarado, el conquistador de Guatemala y Honduras, y es de Trujillo Diego García de Paredes, el hijo del Hércules extremeño, que derrotó al tirano Lope de Aguirre y le ganó dos banderas que mandó enterrar junto al cuerpo de su padre... Y es emocionante, sobre la gesta primera de los Pizarro, esa segunda gran hazaña. Vuelve el Capitán General Francisco Pizarro a Trujillo, después de veintisiete años de ausencia, ya con medio corazón vuelto hacia la orilla americana, y recluta aquí esos treinta y siete hombres de los 167 que formarían el ejército de Cajamarca. Allí iban todos sus hermanos, sin una sombra de recelo o de bastardía, y cinco religiosos, para que el cuidado de la fe tuviera el más efectivo de los ejercicios... Y un trujillano, Fray Jerónimo de Loaisa será el primer obispo-arzobispo de Lima... Y son de Trujillo, Sotomayor el de la conquista de Chile, y Nuño de Chaves en la exploración del Uruguay, que fundó la primera ciudad española en lo que hoy es Bolivia, con el nombre de Santa Cruz de la Sierra, que tan bien recuerda a vuestras vecindades. Y estarán en Tucumán, y en el Amazonas con Francisco de Orellana, y en el Colorado y en Nuevo Méjico...

Y todavía un símbolo. También una realidad. Algo amanecía en América que era España y algo más que España al propio tiempo; algo que se definía como nuevo y prometedor. Se hacía América con manos españolas. Francisco Becerra era de Trujillo. Y de sus manos salen las primeras muestras de lo que iba a ser el nuevo arte de América. En sus creaciones arquitectónicas, aparece como una anunciación mesiánica, lo que iba a ser la bellísima explosión del barroco americano.

¡Bien servida fuiste ciudad de Trujillo, bien recordada y amada de lejos, en distancias que nadie había logrado! Tú eres América. Y esto hay que decirselo hoy a tu provincia, que también fue América contigo... Lo que queda, no importa. Eres hermosa, pero no importaría que lo fueras menos. Porque de tu espléndida riqueza monumental, yo quiero hoy escoger solamente, para pararnos un instante, ese Palacio del Marqués de la Conquista, levantado por Hernando Pizarro, acaso, se dice, el único vestigio de lo que se pudo alzar con el oro americano. Y de ese Palacio voy a quedarme solamente con la fachada, y de la fachada con una esquina, y de la esquina, con ese maravilloso balcón. Porque ese balcón eres tú, Trujillo,

esquina, esa proa de una nave que abre la esperanza del nuevo mundo, ese balcón, ese pecho abierto a la luz estelar de la futura Hispanidad.

Si queda otro lugar en el que es imposible pasar sin detenernos, es el de ese altar del castillo, bajo cuyo arco está la imagen de vuestra Señora de la Victoria. Se ha dicho que si hay un punto culminante en la historia de todos los pueblos, el del vuestro es esa memorable intercesión de la Virgen en el gran acontecer de la reconquista de la ciudad. ¡Qué especial auxilio el de la Celestial Señora a los cristianos de Trujillo! Ella fue relámpago sobre la muralla inexpugnable, y Ella fue rayo de luz en el alma de Fernán Ruiz, cuando logró abrir de par en par las puertas, para honra y servicio de la Fe. Esa fe que nunca faltaría a los hombres de Trujillo, esa fe en Dios, y en la Santísima Virgen, Mediadora de todas las gracias. También hoy la memoria de la provincia se vuelve hacia Ella, y su advocación justifica la asamblea de este día señalado. «Pro vincere», para vencer, Señora de la Victoria en las batallas de la paz, te llamamos, como te llamamos un día en las jornadas de la guerra.

Ella es espejo y ejemplo para la mujer de Trujillo, de la que no hemos hablado hasta ahora, para dejarle el honor del último de nuestros humildes peldaños verbales, del más elevado y cercano a la Gracia. Ella es «equilibrio del alma serena», como nos diría Gabriel y Galán; ella la guardadora del hogar, la retaguardia de la paz, el remanso del tiempo, cuando los hombres de Extremadura estaban en la tarea de ensanchar el mundo. ¡Bien habéis hecho, hombres de esta provincia, entronizando una vez más, para vuestra celebración de hermandad, a la mujer! Ellas nos han traído hoy, trece maneras distintas de la belleza de la provincia, trece maneras distintas, que en definitiva se hacen una, de la armonía y de la discreción. «Pro vincere» también. Para que venzáis el desánimo, si éste pudiera llegar, para que podáis ofrendarles la gran tarea del futuro... He pensado en una reina, y tengo que referirme a dos, porque nada hay más hermoso que el relevo justo, que la continuidad afortunada, ¡Laura en Valencia de Alcántara, reina de un año cacereño, pasa tu tirso de rosas, cede a la nueva reina tu cetro enramado! Vosotras dos mismas sois dos flores en ese cetro. Laura, laurel... Susana, lirio en hebreo. Las dos un símbolo de las virtudes de la mujer extremeña. Vuestra majestad está en la honestidad y en la belleza... Laura de Petrarca, portadora acaso del amor humano más puro de toda la historia del Amor; Susana, ejemplo vivo de virtud, contra la mentira, hasta la muerte... Señora, que hoy reináis en una tierra privi-

legiada de la tierra, en un solar de héroes singulares, Cervantes lo dejó escrito: «Las armas en su punto y la hermosura en su extremo». En efecto, en su punto está la conquista, y la belleza está en Extremadura... Traéis ante nosotros, extremos de belleza y extremos de historia. Vuestros orígenes santanderinos son los extremos de Castilla; en el extremo de Roma hay una bellísima iglesia dedicada a Santa Susana. Que no olvidéis nunca lo que sustentáis, lo que valéis y lo que os valen. Sois hijas de algo, y podéis ser mañana, madres y transmisoras de mucho más, mujeres de trece Cáceres distintos, niñas de trece prometedoras Extremaduras. Enseñad a tanta juventud desnortada del mundo lo que es tener casa señalada, sustento de una tierra que apenas nacéis se convierte en pedestal. ¡Qué trece Cáceres altos hay en vosotras, qué trece almenas de fortaleza para el más dorado de los castillos! Sí, aquí estaba El Dorado, que los héroes extremeños persiguieron algún tiempo. En vosotras está la tierra madre y fecunda de la provincia: sus campos prometedores, sus aguas pródigas y fuertes, sus bosques nutridos y fructíferos.

Trece eran los de la Fama, en la isla del Gallo, con Francisco Pizarro. Cada uno de ellos os ofrecería hoy una conquista como quien ofrece un madrigal. Nada es el tiempo, y no mata el tiempo al ideal. Aquellos hombres que hicieron América, vuelven hoy y pasan por su Trujillo, y sois vosotras las que salís a su encuentro. Son válidos los versos de Rubén:

«Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores».

«Pro vincere» de ayer, «pro vincere» de mañana. Y vosotras el premio de la victoria, la rosa de trece pétalos, hoy florecida en las almenas más altas de la «muy noble y muy leal» ciudad de Trujillo.

PUEBLO

Cualquier diccionario nos da de la palabra «pueblo» tres o cuatro acepciones afines entre sí y contiguas, pero matizadamente distintas. «Pueblo-aldea» con plaza enrollada, fiestas patronales y apodos genealógicos. «Pueblo-región» raza, casi casta con idiosincrasia y raíces y folklore propios. «Pueblo», como sector el más humilde y a la vez el más soberano dentro del cuerpo social.

Yo soy de pueblo. Yo soy de ese triple y rico pueblo mío. ¡Quién...! ¡Quién me diera hablar sus idiomas...!

SOY de pueblo. Nací en Extremadura,
tierra de sol sin mar, tierra terrera.
Falso edén pero gleba verdadera
mi tierra es sepultura
y es cimiento, panera
y túmulo de hombres convecinos.
Mi pueblo es polvo y carne de caminos
- como todos los pueblos - sin frontera.
Tierra, patria del hombre
Por mi pueblo soy pueblo soberano.
Gracias a Extremadura soy paisano
de los hombres del mundo sin más nombre.
Me criaron
con patatas, torreznos y castigos.
Crecí. Me apedrearon